



XXV

Y al lado de todo esto, señores, mirad á España. ¡Qué energía, qué vida, qué potencia la del sentimiento nacional!

Roma en tres años conquista las Galias, en setecientos años no dominó á España. Un paseo militar es la invasión de los bárbaros en todas partes: tres siglos de grandes generales no alcanzan jamás, no ya á confundir, ni siquiera á asimilar los españoles á sus señores. Carlo-Magno reúne los longobardos, las tribus de Italia, las tribus sajonas de Alemania; somete todas las razas, y en vano se propone, no ya dominarnos, socorrernos; viene á España, y España le contesta con Roncesvalles. Los normandos

se establecen en Francia, se establecen en Inglaterra, se establecen en Italia; bastan unas cuantas hondas de nuestros gallegos para expulsarlos de las sagradas costas españolas. Se admiran mucho de que se tardara setecientos años en expulsar á los árabes. ¡Setecientos años! Pues ¿quién vino aquí? ¿Vino, por ventura, un pueblo? Vinieron dos continentes; vino el África entera, vino el Asia, vinieron tribus de todos estos grandes continentes. Y ¿qué hicimos nosotros? ¿Qué hizo la nación española? ¡Oh! los que dicen que no hemos hecho nada por la civilización, ¿saben, adivinan que sin la corona de héroes y mártires que ciñe las crestas del Pirineo, se hubiera convertido en un pesebre de los camellos africanos el altar glorioso de San Pedro? Detuvimos á los árabes en Covadonga, en Clavijo y en Simancas; á los almoravides en Játiva y en Calatrava; á los almohades en las Navas, y á los beni-merines en Tarifa.

Este grande sentimiento nacional es el que, después de vencer á los árabes en setecientos años de lucha, nos lleva al otro lado del Atlántico y descubre un nuevo mundo. Este sentimiento nacional, después de nues-

tra decadencia en tiempo de la casa de Austria, después de las orgías de Maria Luisa, se levanta frente á frente del hombre de bronce, vencedor de Egipto, vencedor de Italia, vencedor de Prusia, vencedor de Austria, vencedor de Rusia, próximo á vencer á Inglaterra, con pueblos por ejércitos, con reyes por cortesanos, con el cielo por cómplice, con el genio por instrumento; se levanta, sí, y destruye sus monumentos, incendia sus ciudades, afila sus puñales, engendra ejércitos de ciudadanos, envía á sus mujeres para que combatieran con las uñas y dientes, hace soldados hasta de los viejos y los niños, dando á la historia una epopeya que invocaban los rusos en Sebastopol, que los franceses han invocado últimamente en el sitio de Paris, y que enseña cómo se vence á los conquistadores y cómo se defiende la independencia de los pueblos.

(Del mismo discurso en el Parlamento, los días 22 y 23 de Junio de 1871.)



XXVI

Yo, ciudadanos, he dicho muchas veces con mi palabra y con mi pluma lo que se siente en los largos días de la emigración. Yo debo decirlo sin que sea lisonja, para mí, hijo del Mediodía, la región de mi nostalgia era la región andaluza. Cuando contemplo este océano de éter extendido sobre nuestras cabezas; cuando veo esta mágica luz, que pinta, esculpe, borda y esmalta vuestros maravillosos monumentos; cuando respiro este aire lleno de armonías inefables y de embriagadores aromas, porque aquí cada planta es una floresta y cada flor un pebetero; cuando oigo esos cantos melancólicos como el rumor de la ola que blandamente muere en la playa, semejante

al lloro de las razas proscritas, repetido por sus profetas; cuando considero tantas maravillas, dígame: yo amo esta tierra, no porque fuese la tierra del vellocino de oro de los fenicios, no porque fuera el Eliseo de los griegos y el Edén de los árabes, no porque parezca la renovación del Paraíso, sino porque hay, como ya dije, una estrecha armonía entre su naturaleza y mi espíritu; y he aquí por qué quiero que, así como en ella vi por primera vez la luz, en ella quiero también que reposen mis ignoradas cenizas.

.....

Por fortuna nos escuchan las que están destinadas á ejercer la más augusta de las funciones, á ser, más que ángeles, las diosas del hogar doméstico, formando las almas de las futuras generaciones.

Examinad vuestra vida, vuestros afectos; todo lo que en ellos haya de rudo es vuestro; pero si hay un sentimiento dulce en vuestro pecho, si vuestro corazón se agita con los inefables arrobamientos del amor, si lloráis, si sois humanos y caritativos, si sentís misericordia, todo lo debéis á la que ha puesto en vuestras manos la lira del senti-

miento, á vuestras madres, á la mujer, en fin; porque si es cierto, como dijo el poeta, que el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

Así es que desde el principio de los tiempos el ideal científico, el ideal artístico, el ideal humano, tuvieron su encarnación en la mujer.

En la cuna del mundo brilla Eva; en la línea misteriosa que separa el Oriente de Grecia, Helena; á la aparición de la República romana, Lucrecia; á la democratización de esa República, Virginia; al pie de la Cruz, Magdalena; en el sepulcro de los antiguos, Hipatia; en el renacimiento de la naturaleza bajo las sombras de la Edad Media, Heloisa; en las maravillosas transfiguraciones del siglo XIII, Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo XIV, Laura, trayendo la miel de la inspiración en sus labios; entre los arreboles del Renacimiento, Victoria Colonna; entre las tempestades de la revolución, la severa esposa de Rolland; coro de ángeles que iluminan todas nuestras tempestades y endulzan todos nuestros dolores con

el aroma de sus consoladoras esperanzas.

Es indispensable que la mujer eduque sus hijos para que sean ciudadanos libres y no esclavos; les dé el sentimiento de la dignidad juntamente con la conciencia del derecho; y cuando esto haga la mujer, como la Virgen de Murillo será la que ponga su planta sobre la serpiente de la tiranía.

(Del discurso pronunciado en Sevilla en Abril de 1872.)

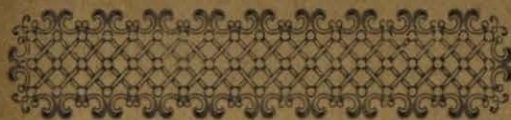


XXVII

YO no conozco error político más grave que herir el sentimiento nacional de un pueblo como el pueblo español; de un pueblo que sintió antes que ninguno otro pueblo su independencia; de un pueblo que peleó trescientos años con los romanos y setecientos años con los árabes; de un pueblo que venció á los Abderramanes en Clavijo, á los Almanzores en Calatañazor, á los Almohades en las Navas de Tolosa, á los Zegríes en Málaga, á los Abencerrajes en Granada; de un pueblo que fué escudo de todas las nacionalidades cristianas durante la Edad Media; de un pueblo que perdonó á Don Pedro el Cruel todos sus horrores, porque fué destronado por extranjeros, y nunca

quiso reconocer la gloria inmortal de Carlos V, porque extranjeros lo entronizaron; de un pueblo que se apartó de la atracción del imperio de Carlo-Magno, y que cometió la inmortal demencia de combatir en el siglo presente al guerrero más grande que ha visto la historia; de un pueblo cuyos territorios, desde Roncesvalles hasta Cádiz, son otras tantas Termópilas; cuyos héroes, desde Viriato hasta Mina, son otros tantos Leonidas; cuyos poetas, desde los anónimos que escribieron el Romancero hasta los ilustres que cantaron la noche del Dos de Mayo, son otros tantos Tirteos; de un pueblo invocado por Víctor Hugo en París asediado; por Byron en Missolonghi; por Koerner en Viena; por Rostopchine en Moscow; por los alemanes cuando peleaban contra los franceses en 1814; por los franceses cuando peleaban contra los alemanes en 1870; porque donde quiera que se combata por la patria, los combatientes aprenderán ejemplos en este movimiento vivo de los sacrificios por la independencia.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 8 de Junio de 1872.)

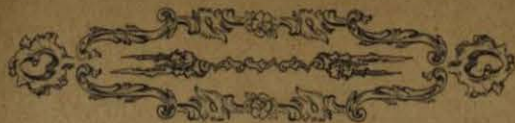


XXVIII

PUES qué: ¿La patria es el Estado? ¿La patria es el Gobierno? Mezquina idea de patria fuera esa. La patria es el origen de que provenimos, la raza á que pertenecemos, la cuna en que nos mecimos, el hogar que tiende sobre toda la existencia la gasa de oro de su poesía, el templo que nos inspiró nuestras primeras esperanzas, y de donde, como nubes de incienso se perdieron también nuestras primeras oraciones; la lengua, esa forma de la idea, ese verbo del alma: y todo esto es y será, y no puede menos de ser eternamente español en América; y si nos denuestan, se denostarán á sí mismos; si nos maldicen, se maldecirán á sí propios; si reniegan de nosotros, tendrán que renegar

en esta lengua, la más hermosa, la más sonora, la más rica que en el mundo moderno hayan hablado los hombres, y que es como el anillo de oro esmaltado por tantos genios, y con el cual se halla unido el espíritu español eternamente, así en las páginas de la antigua, como en las páginas de la futura historia.

(Del discurso que pronunció el día 21 de Diciembre de 1872 en el Parlamento.)



XXIX

AH, señores! sobre todo tenemos patria, tenemos una nacionalidad, y á esta patria, á esta nacionalidad se la ama con un amor más inextinguible cuanto más se envejece, porque al fin los seres queridos que nos van faltando del mundo, duermen sobre esta tierra y no podemos separarnos de ella, porque en ella están las raíces de nuestra vida; porque al fin la nacionalidad es la patria, y la patria está sobre todo; es como el cielo, y yo soy ante todo español y patriota.

Señores, que esta nación que fué la tierra prometida para los antiguos; que fué el paraíso para Virgilio; que educó á los bárbaros cuando los bárbaros estaban incultos; que

llevó al seno de las civilizaciones modernas las revelaciones de la naturaleza en las escuelas de Córdoba y de Sevilla; que dominó el Mediterráneo por medio de los catalanes y aragoneses; que detuvo el desierto para que el desierto no llenara con sus arenas el resto de Europa; que realizó más que ningún otro pueblo la filosofía del siglo pasado; que se levantó ante el mundo entero á la mayor altura con la epopeya de la guerra de la Independencia; que enseñó á los pueblos cómo se pelea y cómo se muere por la patria; que esta nación por medio de la República sea grande, y siendo grande, y siéndolo, como puede serlo por medio de la federación y de la democracia, será la nacionalidad más ilustre de la tierra.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 8 de Julio de 1873.)



XXX

YO jamás he visto amor patrio como el amor de los judíos españoles. Tantas injusticias no han sido parte á inspirarles desvío á esta madre España, convertida para ellos en madrastra. Conocí en Florencia un matrimonio judío que viajaba por Europa y venía de Damasco. La mujer era hermosísimo tipo oriental. Su pálida tez, entonada por la lumbre de ojos negros y profundos, circuidos de larguísimas y umbrosas pestañas, resaltaba entre los rizos de largos cabellos, como la seda de finos y relucientes. Era su nariz griega, como la nariz de la Venus de Milo, y sus labios rojos como el encendido carmín de la flor del granado. Llamóme la atención tanta belleza, como á ella

la llamó la atención el idioma patrio que hablaba yo con varios españoles y americanos. Inmediatamente dirigióse á su marido y le dijo algunas palabras en español. La lengua nacional, hablada en tierra extraña, vibrando en los oídos del emigrado, transporta, enajena, como la más armoniosa música. No pude contenerme y le dije: Señora, ¿es usted española? Entonces me refirió que era judía, que naciera en Liorna, que se casara con un griego, que habitaba en Damasco, que aprendió el español en su sinagoga patria, y que lo hablaba con sus correligionarios de Oriente, entre los cuales muchos lo han conservado como piadoso recuerdo de su origen, como glorioso timbre de su estirpe. Los afectos más vivos siempre son los afectos más contrariados. Mi amor patrio, con ser tan intenso, parecióme tibio al compararlo con el amor á España de esa raza, que perseguida como manada de fieras, injuriada por toda clase de afrentas, desarraigada del suelo nacional, en la dispersión, en el destierro de cuatro siglos, aun vuelve los ojos con amor á las tierras donde el sol se pone, y aun habla la lengua de sus persegui-

dores, á la manera que los antiguos israelitas entonaban los cánticos de sus profetas, en las orillas del Eufrates bajo los llorosos sauces de Babilonia.

Al pensar esto, al sentir esto, vi como en visión magnética el movimiento político que había de romper la cadena de las tradiciones antiguas en mi patria, y juré, si alguna vez obtenía la confianza de mis conciudadanos para el magisterio altísimo de legislador, combatir sin descanso hasta alcanzar que no fuéramos en el mundo moderno monstruosa excepción por nuestra intolerancia, y abriéramos las puertas de la patria á todas las ideas como á todas las sectas, y consagráramos aquel derecho, sin el cual todos los demás derechos son como si no fueran, el derecho de abrir la conciencia á la luz, y adorar en público como en secreto el Dios que vive en la conciencia.

(De su obra inmortal titulada *Recuerdos de Italia*. Tomo I, 1872.)



XXXI

UNA de las operaciones más atendidas y más atendibles de la mente humana es la asociación de ideas. Por ella enlazamos tiempos apartados, unimos pensamientos discordes, traemos al seno de la felicidad recuerdos de la desgracia, como á las tinieblas de la desgracia puntos luminosos de la felicidad; y evocamos en lo presente los lejanos horizontes de lo pasado, pudiendo, ya que no con el cuerpo y sus sentidos, con el alma y sus ideas, á semejanza de Dios, estar á un mismo tiempo en todas partes. Me encuentro en la Montaña de Asís, con la ciudad pontificia y municipal á mis plantas, los restos de algunos castillos señoriales á mis espaldas; el cielo claro y severo,

algo semejante al cielo de nuestro Aragón, sobre la frente; en torno, formando un círculo inmenso del color azul más subido, del color llamado de Prusia, las ríscosas y ceñidas cordilleras y montañas de la Umbria que semejan olas encrespadas; y en el dilatado campo, de contrastes vivísimos, porque las claras moreras y los oscuros olivos, los rubios trigos maduros para la siega y los verdes recién nacidos maizales se juntan á cada paso en esta variada inmensidad, como naves bogando por lo infinito, la blanca rotonda romana de la Porciúncula, templo donde San Francisco de Asis se retiraba á sus meditaciones, y más cerca, á mi derecha, bajo la mano casi, los interminables claustros, las sobrepuestas iglesias, los góticos pórticos, las agujas y ojivas del monasterio, donde yace el sepulcro de ese santo en cuyas aras seis siglos han rezado y cuya personalidad histórica se agranda y se transforma, como la personalidad de su modelo Jesucristo, en el pensamiento racionalista, en la conciencia progresiva, en el espíritu democrático y liberal de nuestro siglo.

Y aquí, en tal momento, á presencia de

este espectáculo, no puedo desechar el recuerdo de Elda, del pueblo donde pasaron mis primeros años. Sus montañas no tienen ciertamente ni esta altura ni este color; sus huertas y sus campos no se dilatan y espacian de esta suerte; mas aquella vegetación meridional, elevando las palmas sobre los viñedos y los olivares, iguala y aun aventaja en hermosura á esta rica vegetación de la Umbria. Y lo que menos puede compararse ciertamente es lo que más provoca el recuerdo: la rotonda blanca de la Porciúncula con la verde rotonda de nuestra Iglesia, el gótico monasterio franciscano de este dilatado valle con el vulgar monasterio franciscano de nuestro estrecho valle. Pero ¿qué queréis? Para mí en Asis está la poesía de la inteligencia y en Elda la poesía del corazón; la humanidad y la historia surgen aquí á la manera de templo inacabable lleno de un espíritu misterioso, cuya profundidad no puede sondearse; y allí, entre las ramas de débiles arbustos, se esconde todavía el nido formado por blancas lanas enredadas en las zarzas ó por secas hierbecillas, donde se guardan en reducidos límites los recuerdos de hogar y

familia que lluvias de lágrimas no han podido anegar completamente ni destruir el tiempo con sus diarias catástrofes.

En mi infancia, cuando nos acercábamos al 2 de Agosto, y la siega y hasta la trilla se habían acabado, y comenzaban á pintar las uvas tomando claro color violeta las negras y las blancas transparencia de ámbar; en aquellas tardes calurosísimas henchidas por el chirrido de las cigarras, en aquellos crepúsculos serenos henchidos por el unísono vibrar del cántico de los grillos, celebrábase una ceremonia religiosa, una peregrinación mística, una especie de jubileo que nunca olvidaré. El convento de nuestro valle estaba á la sazón desierto. La revolución había expulsado á los frailes. Los fuertes seculares cipreses de su pórtico se perdían y secaban. Las flores de su antes cultivado jardín se sustituían con legumbres ó heno. Las tablas de sus ventanas, medio caídas, meneábanse tristemente á impulsos del viento. Las piedras de sus paredes y muros, medio sacadas de quicio, amenazaban con una completa ruina. Las campanas habían sido arrancadas á las altas torres, siempre silenciosas; el culto

interrumpido en los altares casi desnudos; y las puertas del santuario cerrándose como si fueran las puertas de un sepulcro. Algunas veces, cuando íbamos á coger brevas á una higuera cercana, asomábamos los ojos por varias rendijas y hendiduras hechas en la puerta, y á la escasa luz de solitaria lámpara, conservada por la piedad de oscuro guardián, resto viviente y animado de tanta ruina, pero triste como la cicuta y la ortiga, á la escasa luz de solitaria lámpara, decía, semejante á los ojos de siniestra lechuza en la obscuridad, veíamos algunos reflejos del dorado que se descascarillaba en las columnas, alguna sombra de los abandonados santos parecida á sobrenaturales fantasmas.

Solamente, en el 2 de Agosto, las puertas se abrían, los pavimentos se regaban, componíanse los altares como para una fiesta, las velas brillaban sobre el ara tras las flores; y en la capilla mayor una tosca pero mística escultura en madera que representaba á San Francisco recibiendo de Cristo aparecido en los aires los estigmas de las cinco llagas, juntaba en el templo á los creyentes, despertaba la fe y la esperanza, atraía las oraciones

del fondo de las almas á la inmensidad de los cielos como atraen los rayos del sol á las alturas los vapores de las bajas aguas y las bajas tierras. Nosotros, los muchachos de la familia, salíamos acompañados de nuestras madres y de nuestras tías á ganar el jubileo con aquella piedad meridional tan risueña, tan expansiva, tan humana que da al cumplimiento de los deberes religiosos y á las ceremonias del culto católico aspecto de fiesta. Desde el pueblo al convento se dilata extensa campiña, verdadero jardín. Las olivas engordaban ya; las almendras se abrían empapadas en aromática goma; negreaban las uvas; doblábanse los granados al peso de las granadas; sobre las plantas del maíz surgían los amarillentos sedosos espigones y sobre la aterciopelada alfalfa las moradas flores; los campos de anís blanqueaban como si les hubiera caído una nevada; cimbreábanse los cañamos y los linos; las puertas de las chozas lucían matizados ramilletes de don-diegos y áureos girasoles; en los secos pedregosos torrentes vibraban las sonoras cañas y florecían las rosadas adelfas. Nuestros ojos no se entristecían, no se nublaban, hasta que lle-

gábamos delante del cementerio donde descansaba nuestra abuela y una tierna niña de la familia y descubríamos las cabezas y plegábamos las manos y murmurábamos algunas oraciones, por cuya virtud nos parecía, ora que columbrábamos sus almas en el cielo, ora que las sentíamos venir á rozar con sus angélicas alas nuestras sienes y á depositar un mudo beso en nuestras serenas frentes. Luego seguíamos en la peregrinación, llegábamos al seráfico monasterio cercano al campo santo y rezábamos con todo recogimiento las oraciones de rúbrica prescritas por los ritos á cuantos anhelan ganar el jubileo de la Porciúncula en el día de la Virgen de los Ángeles.

Al volver, la noche bajaba sobre el valle, las luciérnagas lucían en el follaje, las primeras estrellas en el cielo; y la campana que suena en las alturas para conjurar las tempestades del aire y contar los muertos de la tierra anunciaba el Ave-María saludando á la Madre del Verbo é infundiendo con sus sagrados acentos religiosas emociones en nuestro pecho. Cuántas veces, al entrar en casa, las manos llenas de flores y de frutos reco-

gidos al paso, los labios perfumados aún por las plegarias, las rodillas empolvadas en el pavimento del templo, después de haber oído contar varios pasos de la historia de San Francisco, hubiéramos dado algunos años de esta vida que ya desciende tristemente de su cenit y que entonces nos parecía eterna por visitar Santa María de los Angeles, por ver la casita de las prácticas piadosas, la cuna que recuerda Nazaret, el sepulcro del santo en Asis, lugar bendito y querido, el más sagrado en nuestro culto después del sepulcro de Cristo. Al cabo de treinta años, nuestro deseo se cumple; el cielo nos concede la satisfacción de ver estos lugares, pero ¡ay! sin las creencias de otro tiempo en el alma. La vida ha pasado de la infancia á la madurez; las facultades intelectuales han pasado del sentimiento á la razón. Creemos con arraigada creencia que el hombre, este compuesto de alma y cuerpo, no sólo tiene que cumplir fines materiales y fines temporales; no sólo tiene que obedecer leyes mecánicas y dinámicas, sino que debe cumplir también fines morales, fines eternos y debe obedecer á leyes cuya existencia im-


plica necesariamente y cuya observancia exige la profesión de estos cuatro principios capitales de toda doctrina religiosa y espiritualista: Dios y su providencia, el alma inmortal y su responsabilidad. Pero no creemos que estas ideas sean como el patrimonio de una exclusiva asociación y que para inspirarlas y difundirlas hayan sido indispensables milagros que contradicen las leyes naturales del Universo y las leyes científicas de la historia, ni condensaciones del espíritu divino en una sola persona, la cual constituya castas representativas de Dios y de su revelación como privilegiados del cielo sobre la faz de la tierra. Creemos, al contrario, que Dios nos ha dado desde el principio de los tiempos, para conocer el bien y el mal, la conciencia; para conocer la verdad y el error, la razón; que así como físicamente llevamos en nosotros átomos de todo el Universo, moralmente llevamos en nosotros los jugos de todas las revelaciones sucesivas y nuestro espíritu es el resultado de las ideas de todos los siglos, con cuyos esfuerzos y con cuyas luces y con cuyos martirios hemos logrado los bienes mayores de nuestra

existencia y el inapreciable de la redentora emancipación. Por consiguiente, toda la parte legendaria, fantástica, mitológica, que siglos de guerra, que razas primitivas, que duras épocas de hierro pedían y necesitaban para cumplir sus primordiales deberes, no lo necesitan nuestros tiempos, conocedores del bien por la pura razón, amándolo por los imperativos mandamientos de la conciencia y no por la fuerza coercitiva de instituciones mil veces transformadas en la historia y hoy caídas en irremediable decadencia.

(De los *Recuerdos de Italia*. Tomo II, 1872.)



XXXII

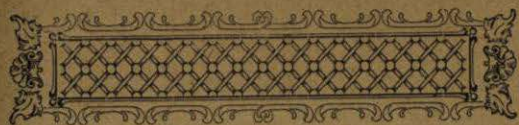

 QUI, sentimientos en la vida, hogar, familia, afectos, oración en los labios, ideas en la mente, y desde el alimento que es grato al paladar, hasta la obra de arte que nos abre las puertas de lo infinito; todo esto lleva en sí, como el árbol la savia, el jugo de la tierra española. Yo quiero ser español y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en sus paletas Murillo y Velázquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza nacional la historia de Viriato y el Cid; quiero llevar en el escudo de mi patria las naves de los catalanes que conquistaron á Oriente, y las naves de los andaluces que descubrieron el

Occidente; quiero ser de toda esta tierra, que aun me parece estrecha, sí, de toda esta tierra tendida entre los riscos de los montes Pirineos y las olas del gaditano mar; de toda esta tierra ungida, santificada por las lágrimas que le costara á mi madre mi existencia; de toda esta tierra redimida, rescatada del extranjero y de sus codicias por el heroísmo y el martirio de nuestros inmortales abuelos. Y tenedlo entendido de ahora para siempre: yo amo con exaltación á mi patria, y antes que á la libertad, antes que á la República, antes que á la federación, antes que á la democracia, pertenezco á mi idolatrada España.

¡Ah! Yo no veo al patriota en el diputado que se va de aquí á sublevar las provincias, que rompe la patria, que pone una bandera odiosa y odiada sobre el tope de las naves de D. Juan de Austria y del marqués de Santa Cruz; yo no veo ahí á España, yo la veo en el voluntario de Estella que, con su mujer al lado, sobre cien quintales de pólvora, con la mecha encendida, aguarda á que llegue el facineroso carlista para morir como bueno.

Sí; allí está la patria de Viriato, allí está la patria de Pelayo, allí está la patria del Cid, allí está la patria de Daóiz y Velarde, allí está la patria de la mártir Gerona y de la santa Zaragoza.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 30 de Julio de 1873.)



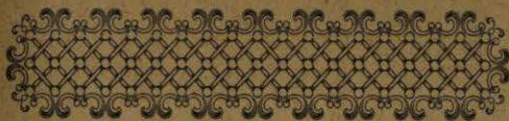
XXXIII

UÉ noche tan tremenda para la Historia! ¡Qué noche para el mundo, si ahora que se acaba de formar la nacionalidad italiana, ahora que ha resucitado la muerta Hungría, ahora que por todas partes se van formando nacionalidades en el seno de la antigua Germania, desapareciese la más ilustre, la más gloriosa de las Naciones modernas: aquella que despertó de su soñolencia á los pueblos asiáticos llamándolos á la navegación y al comercio con el resplandor de su áurea corona; aquella que mantuvo un siglo la civilización romana con sus filósofos, con sus poetas, con sus oradores, con sus Césares; aquella que antes que ninguna otra civilizó á los bárbaros entregándolos al

yugo blando de la civilización latina y á la educación entonces necesaria y saludable de la Iglesia católica; aquella que mantuvo el rescoldo de la ciencia, el filtro de la vida, el estudio de la naturaleza en Córdoba y Sevilla, cuando el mundo entero parecía gemir bajo la maceración y la penitencia, y bajo los terrores del juicio final; aquella que con su genio prodigioso sembró una nueva creación en el movable seno del Atlántico; aquella que con sus grandes expediciones marítimas hundió en las aguas de Lepanto la media luna, impidiendo que el Mediterráneo fuera el lago de los serrallos del turco, y luego por las expediciones científicas de Magallanes descubrió los hemisferios de América, el camino del Asia, al mismo tiempo que volvía Elcano, bajo las alas del genio, de dar por vez primera la vuelta al mundo; aquella que cuando parecía más unida al absolutismo, protegió el nacimiento de la libertad y el nacimiento de la República en América; y cuando parecía más muerta, durante la guerra de la Independencia, se levantó como un solo hombre, y cual David á Goliat, derribó en el polvo al gigante de la fortuna; y cuando pa-

recía con menos iniciativa, por sus grandes ideas constitucionales de 1812 hizo que despertara Grecia, que se infundieran las ideas liberales en las venas de Italia, repulsiva siempre á la revolución francesa, simpática siempre á la revolución española; nacionalidad que debemos conservar, porque es nuestra madre, porque es nuestro hogar, porque es nuestro templo, porque fué ayer nuestra cuna, porque será nuestro sepulcro; y además, porque es necesario que se conserve esta nacionalidad, para que dé levadura de arte y de heroísmo á la vida del planeta, para que dé levadura de derecho y de progreso á la vida del humano espíritu!

(Del discurso pronunciado el día 25 de Agosto de 1873 al ocupar el sillón presidencial del Parlamento.)



XXXIV

CUANDO vuestra patria os cree incompatible con su reposo, con sus instituciones ó con sus creencias, no hay más remedio que abandonarla, aunque abandonéis con ella la mitad de vuestra vida. Por todas partes hay aire, pero no es aquel aire que ha recogido los suspiros del primer amor. Todas las naciones tienen hogares que ofreceréis, pero ninguno es el hogar donde habéis recibido la bendición de vuestra madre. El cielo es grande y se extiende por todo el planeta, pero no es el cielo bajo el cual soñasteis con vuestras esperanzas muertas en flor y fuisteis con las rientes ilusiones. Toda la tierra puede ocultar vuestro cadáver, pero ¡ay! vuestros huesos estarán más


solitarios en la tierra impía que no tenga también los huesos de vuestros padres. Morir en tierra extranjera es el mayor de los castigos. No en vano hemos nacido en un país. Tenemos de su suelo un jugo semejante al que recoge de la tierra la raíz del árbol; tenemos de su cielo un beso en la frente. Nuestro corazón está amasado de aquella arcilla. Nuestras ideas se confunden casi con la palabra que la patria ha puesto en nuestros labios. El destierro concluye por convertirse en una enfermedad mortal de corazón. Deseáis, anheláis marchar entre gentes con las cuales tenéis esa comunidad de origen, de sangre, de lenguaje, de vida que constituye el ser de vuestra patria, dilatación de vuestro propio ser. Y después de haber visto las mayores naciones del mundo, las ciudades más célebres, los monumentos más sublimes; después de haber tratado á los hombres más ilustres; después de haber asistido á una gran sesión en las Cámaras de París y Londres, á una Misa en San Pedro de Roma, á una salida del Sol en la bahía de Nápoles, á una serenata en el gran canal de Venecia, á una excursión por la cima de los Alpes, en-

tre los hielos eternos, al ruido de las cataratas que mugen cayendo en el valle y de los aludes que levantan remolinos de nieve á las alturas, volvéis los ojos allá al lejano país, donde tuvisteis la cuna, y resumís todas vuestras ambiciones en ser el último de sus ciudadanos, el más oscuro de sus hijos por tener hoy entre vuestra familia y vuestros amigos un hogar y mañana en la tierra de vuestros padres una olvidada sepultura.

(De su obra titulada *Lord Byron*.)



XXXV

 H! La patria, la patria. En ella se contienen todos nuestros recuerdos y todas nuestras esperanzas. De ella se alimenta toda nuestra vida. No hay lugar como el lugar ungido por las lágrimas que le ha costado á nuestra madre nuestro ser. No hay en el planeta aire como el aire que ha recogido los primeros suspiros del pecho, ni templo como el templo donde se han disipado las primeras oraciones del alma. Los primitivos recuerdos que acariciáis; los primeros objetos que miráis; las primeras ilusiones y los primeros amores que sentís; los amigos de la infancia; los próximos parientes que han dirigido vuestros pasos; el libro en que habéis deletreado; el papel de los palotes;

el manjar de vuestros primeros años; la escuela del pueblo; el huerto de la casa paterna; el viejo mueble donde habéis visto dibujarse la sombra de vuestros mayores, todo esto, consagrado por vuestra inocencia, forma como el paraíso de la vida, en que el mal no se conoce ni apenas el dolor. Pero la patria no es solamente vuestro hogar y vuestro pueblo; la patria es vuestra nación. Un agregado de familias, una raza que pone en común sus aspiraciones, sus recuerdos, su historia, sus leyes, no explican la idea de la nación. Es algo más. Es un organismo superior, es una personalidad altísima, es un espíritu más elevado que el espíritu individual y el espíritu de familia; es una dilatación del ser y de la vida. El espíritu nacional ¡ah! lo sentís al través de los siglos; lo veis al través del espacio. El tiempo, la historia, la tierra misma, las afinidades de la raza lo forman, como la física, la química, la biología vivientes del planeta forman y componen los organismos. Explicadme si no por qué preferís vuestra humilde Sagunto á todo el genio de Anibal; vuestro Viriato á toda la gloria de Roma; vuestro montañés de Roncesvalles

con su cuero al cinto y su primitivo grito de éuscaro en los labios al poder de Carlo-Magno; vuestras toscas milicias castellanas al esplendor de Damasco y de Bagdad; morir con Daóiz y con Velarde á triunfar con Murat y con Napoleón.

Los antiguos sólo veían los muros de su ciudad. Más allá de Cartago, de Tiro, no había sino tierra de conquista, viveros de esclavos. Cuando una ciudad caía, caían sus dioses, sus leyes; y así, á una derrota preferían sus habitantes la muerte. El Dios más espiritual del Oriente era el Dios de la montaña de Sión. Á las orillas de apartado río no volvían sus hijos. Para nosotros, la patria se extiende, se dilata por toda la nación. Y su espíritu, el espíritu nacional, es como una atmósfera que envuelve nuestra alma. Aunque no tuviéramos otra razón para creer en el espíritu nacional, tendríamos la razón del lenguaje. No podéis pensar ni emitir vuestro pensamiento sino valiéndoos de la palabra. Por muy entendidos que seáis en lenguas clásicas ó en lenguas extranjeras no sabéis pensar sino en vuestra lengua propia. Y el uso os obliga á que amoldéis los pensamien-

tos más abstrusos, las ciencias más nuevas, las series de ideas más originales, al genio de vuestra lengua; prueba evidente de que la patria penetra con su ser hasta en lo más profundo de vuestro ser; con su alma hasta en lo más íntimo de vuestra alma. Y todos los pueblos han adorado á sus oradores, á sus poetas, á sus filósofos, á sus escritores de genio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte: traen y conservan el genio nacional. Y este genio se perpetúa á través de los siglos como se perpetúa el carácter. Séneca ha escrito en latín; el último de los abditas ha escrito en árabe; Góngora ha escrito en castellano. Pues son tres poetas hermanos, y sus dramas, sus elegías, sus poemas revelan el mismo genio al través de los siglos; el genio que se evapora de las tierras de Andalucía, de las orillas del Guadalquivir, de las sierras de Córdoba, exuberante, hiperbólico, audaz, pujantísimo, asiático, ardiente como nuestra tierra y como nuestro cielo, como la sangre que corre por nuestras venas, como las pasiones de nuestro pecho, como las tempestades de ideas que estallan tonantes en nuestras encendidas almas.

Pues si desde el aire que respiramos hasta las calidades ó los defectos que tenemos pertenecen á nuestra patria, ¿por qué no amarla con exaltación, con delirio? Todo muere en nosotros cuando muere la nación.

Mirad si no al judío en la historia antigua y al polaco en la historia moderna. Amarga hiel se ha mezclado en su pan. Negra sombra se ha extendido de generación en generación. Pongamos, sobre todo, la patria. Si te olvido, que pierda antes la memoria; si prefiero algo en el mundo á ti, que se me seque el corazón; si profano con malos pensamientos ó con palabras indignas tu armoniosa habla, que se me pegue la lengua al paladar, y que muera mil veces si he de darte un solo dolor ó de inferirte un agravio.

¡España, madre mía!

(De su obra titulada *Historia del movimiento republicano en Europa*, Tomo III.)